

## CANTO II.

En que los araucanos, sospechosos del mal suceso por ver alguna declinacion en su fortuna desde la muerte de Lautaro, se juntan en borrachera general, donde los agoreros por señales celestes pronostican su vecina perdicion, e invocando al demonio, les da cuenta de la venida del nuevo Gobernador, el cual toma puerto en Coquimbo, ciudad de la Serena. Van aqui juntamente declarados los varios modos que los indios tienen de festejarse y celebrar sus banquetes, y algunos extraños ritos de que usan en sus intenciones y diabólicas idolatrías.

No hay cosa permanente ni segura  
En esta corta y miserable vida,  
Do la prosperidad aun no es venida,  
Cuando para la vuelta se apresura;  
En parte es desdichada la ventura,  
Mirado lo que deja en su partida,  
Y en parte, la desdicha venturosa,  
Pues parte sin dejar adversa cosa.

A los trabajos, lástimas y enojos  
Su plazo, fin y término se llega;  
Mas del que en ocio próspero sosiega  
Hace la diosa varia sus despojos;  
¡Cuán claros tuvo y lúcidos los ojos  
Aquel que a la fortuna vido ciega!  
Y ¡qué de humanidad le cupo al hombre,  
Que de divinidad le puso nombre!

Si ya salir quisiéramos de engaño  
Y haber por infalible todo hecho,  
Que en este mundo el día del provecho  
Es la solemne víspera del daño,  
Mucho mejor pasáramos el año,  
Y no nos alterara cosa el pecho;  
Que si al venir los males nos alteran,  
Es porque no pensamos que vivieran.

El que prosperidad acá tuviere  
Entienda que es depósito y empeño  
Para despues volvérselo a su dueño  
Cuando el voluble tiempo lo pidiere;  
Y así no sentirá lo que perdiere;  
Mas, como quien despierta de algun sueño  
En que feliz y próspero se vía,  
Se olvidará de todo con el día.

Si esta verdad tan llana conocieran  
Aquellos engañados naturales,  
Sin miedo, sin agüeros ni señales  
Sus daños esperaran y entendieran;  
Porque de tantos bienes coligieran  
En clara consecuencia muchos males,  
Pues andan en su danza tan hermanos,  
Que siempre van asidos de las manos.

Tiene fortuna varia la costumbre  
De la pesada piedra sisifea,  
Que el sin ventura Sisifo rodea  
Con fatigada priesa hasta la cumbre;  
De donde con su misma pesadumbre  
Hacia lo bajo súbito volteo,  
Y sin que de parar allá se acuerde,  
Apenas toma pié cuando le pierde.

La piedra del estado es ya llegada  
A la felice cumbre de la rueda,  
Y no pudiendo arriba estarse queda,  
Será forzoso lance la bajada;  
Ha sido la súbita acelerada  
Para que revolver a tiempo pueda,  
Que el curso de Hurtado se concluya,  
A quien la gloria desto se atribuya.

Mas dello los idólatras inciertos,  
Procuran ya quedar certificados  
De todo lo dispuesto por los hados,  
A fuerza de mayores desconciertos;  
Porque juntando mágicos expertos,  
Por únicos entre ellos reputados,  
Que para la decrepita caminan,  
Su perdida consulta determinan.

Es vieja en estos indios la costumbre  
De consultar sus falsos agoreros,  
Que quieren con pronósticos y agüeros  
Mostrar que lo futuro se columbre;  
Y así como les niega el sol su lumbre,  
Hacen allá en ocultos agujeros  
De torpes sabandijas escrutinio,  
Ministras del nefando vaticinio.

Incitarles el ver que su fortuna  
Con esquivar el rostro les ha vuelto,  
Mostrándoles el suyo en ira envuelto  
El cielo y cuanto miran sol y luna;  
Y por saber si nueva causa alguna  
Les ha su curso próspero revuelto,  
Acuden a la mágica dañada,  
Por ellos sumamente venerada.

Pues dentro de una plácida floresta,  
Do nunca ofende sol ni daña sombra,  
Y a do la natural y verde alhombra  
Al rey de los sentidos hace fiesta.  
A la verdosa falda de una cuesta,  
Cuya sublimidad al cielo asombra,  
Con sus cantares, bailes y placeres  
Hicieron oblacion a Baco y Ceres.

Alli con duro y áspero tumulto,  
Con sordo zuzurrar y son disforme,  
Dispuso aquella cáfila conforme  
Lo que era menester para el insulto;  
De voces se levanta un grueso bullo  
Al comenzar aquel abuso enorme,  
Que como tan de atrás origen traiga,  
Con gran dificultad se desarraiga.

Uno martilla el ronco tamborino,  
Otro por flauta el hueso humano toca,  
Otro subido en un horcon invoca  
A su Pillan, espíritu malino;  
No porque el vaporoso alegre vino  
Se les aparte un punto de la boca,  
Pues no hay azar tan grande ni desdicha  
Que no la pasen ellos con la chicha.

Ya hierve la cerveza trasegada,  
Ya la turbada vista centellea,  
Ya de liviano el cuerpo bambalea  
Y caese la cabeza de pesada.  
Ya con la bota lengua mal mandada  
Cualquiera ferocísima brava,  
Haciendo que al rumor la tierra gima  
Y al que lo ve de fuera cause grima.

De trecho a trecho en corros se congregan,  
El hombre y la mujer interpolados,  
Y todos por los dedos enlazados  
Cabezas, piés ni bocas no sosiegan;  
Ya corren, ya se apartan, ya se allegan  
Atrás, hacia adelante y por los lados,  
Con un compás flemático y terrible,  
Confuso y ronco son desapeable.

Suelen bailar tambien de otra manera,  
Y es, que las manos libres y los brazos  
Sacuden unos huecos calabazos  
Do tiene de sus guijas la ribera;  
Y al gusto de esta música grosera  
Están los mas haciéndose pedazos,  
Sin recibir por ello mas tormento  
Que si este fuera el órlico instrumento.

Otras mujeres solas, en cuadrilla  
Andan con sus hijuelos dando vueltas,  
Todas en bacanal furor envueltas,  
Desnudo el medio pecho y la rodilla,  
Al modo que las yeguas en la trilla  
Con sus potrancas chucaras á vueltas  
Por la colmada parva escaramuzan  
Y en granos las espigas desmenuzan.

Adórnanse de guinchas y de llantos (1),  
Con piedras que deslumbran quien las mira,  
Y con azules vueltas de chaquiras (2)  
Hacen mil contencencias y mas autos;  
Abi es donde a los jóvenes incantos  
Penetra el Dios alado con su vira,  
Porque si Baco y Ceres andan juntos,  
Es fuerza que acde Venus por sus puntos.

Abi es do suele armarse la baraja,  
Y do veréis el pleito mal parado,  
Que vuelcan por aquel tendido prado  
El desfondado cántaro y tinaja;  
Mas presto aquella cólera se ataja,  
Porque la corta un brindis emprastado,  
Jamás de tibia gana recibido,  
Y sobre toda ley obedecido.

La vaporosa exhalacion es tanta,  
Que denso el aire, raro se presenta,  
Y cuando mas mojada, mas sedienta,  
Como una esponja, queda la garganta;  
El áspero alarido se levanta  
De la furiosa turba albarquenta,  
Y el eco que en los concavos relumba,  
Por la mas apartada oreja zumba.

Matan aqui gran suma de animales,  
Desmiembran, descuartizan, despedazan,  
Los toscos tajadores embarazan,  
Y luego los estómagos bestiales;  
Todos los siete vicios capitales  
Aqui los libres bárbaros abrazan,  
Que donde el de la gula se acomoda  
Acude la demás canalla toda.

Duran en semejantes borracheras  
Con un teson y flemma desmedida  
Desde que el rubio sol con su venida  
Ufana sotos, montes y laderas,  
Hasta que el mar lo acoge en sus riberas,  
Quedándose la tierra oscurecida;  
Y aun da la vuelta séptima y octava,  
Y aquella boda espléndida no acaba.

En la presente pues que agora cuento  
Comienzan los fantásticos profetas  
A contemplar los signos y planetas,  
Tomando estrecha cuenta al firmamento;  
Mas visto que con impetu violento  
Están como tirándoles saetas,  
Exclaman con dolor intenso y duro,  
Profetizando así su mal futuro:

«¡Ay tristes de nosotros, engañados  
Con la dichosa mal segura suerte!  
Que ya la inexorable y fiera muerte,  
Y la revolucion de nuestros hados,  
De prósperos en miserios trocados,  
Quiéren ejecutar castigo fuerte,  
¡Guai, guai, amada patria, Arauco triste!  
¡Cuán otro te verás del que te viste!

«Clarísimas señales muestra el cielo  
De tu fatal y súbita ruina:  
Saturno melancólico domina;  
Su claro resplandor enturbia Delo;  
Venir parece Júpiter al suelo;  
Ardiendo Marte en cólera se indigna;  
El gémito de Maya no parece,  
Y Venus con la Cintia se oscurece.

«El Escorpion y Canero están sanudos,  
El Tauro como atado al bramadero,  
El Capricornio rigido y austero,  
Llorando allá los Gémines desnudos;  
Aries con cuernos ásperos y agudos,  
El vedijoso Leon airado y fiero,  
Colérico el biforme Sajitario,  
Vertiendo sangre el cantaro de Acuario.

«Vese la estéril Virgen desgreñada,  
Mostrando faz terrible y enemiga,  
Y desgranando la bermeja espiga  
Con su furiosa mano arrebatada;  
Libra, con roja sangre barnizada,  
Nos binche las balanzas de fatiga,  
Y en su lugar los húmidos pescados  
Vemos estar comiéndose á bocados.

«Pues ved allá las Pléyadas nubladas,  
Y cómo esotros astros van y vienen,  
Esos oscuros círculos que tienen  
Esas constelaciones rigurosas;  
Sobre Aquilon las nubes procelosas,  
Amenazando lluvia, se detienen;  
Armado el Orion mirad aparte,  
Mirad en conjuncion á luna y Marte.

«Volved acá y veréis al bando Ursino  
Cuán denodado y fiero que nos mira,  
Y Arcturo, que le sigue ardiendo en ira,  
Sin esperar á Bootes su vecino;  
Aun Pólux de su Cástor utorino  
Parece que enojado se retira;  
Encréspace el Dragon con sus escamas,  
Y la polar Serpiente escupe llamas.

«Poned allí los ojos en el Ara,  
Hechura de monóculos jayanes,  
Adonde, para mal de los titanes,  
Juró, tendiendo Júpiter su vara;  
Veréis que el Escorpion en ella encara,  
Haciéndole iracundos ademanes,  
Y que la tinte sangre desde arriba  
Hasta la firme base donde estriba.

«Mirad á la canicula con Leo  
Y á la cometa Nigra de Saturno,  
Veréislo todo lóbrego y nocturno,  
Todo con un aspecto horrible y feo;  
Todo se viste el mas luto arreo  
Y todo pronostica mal diurno,  
Todos, Olimpo, Tétus, Juno y Glauco  
Han ya rompido treguas con Arauco.

«Notado pues el diáfano elemento,  
Se ve que por sus últimas regiones  
Va tanto del vapor y exhalaciones,  
Que hasta para misero portento;  
Cometas van cuajándose sin cuento  
Con varias y estupidas impresiones,  
Que todas nos apuntan y amenazan,  
Y para breve tiempo nos emplazan.

«Ya no parece pájaro ninguno  
Cuya sonora voz y alegre vuelo  
Nos pueda ser motivo de consuelo,  
Si en tanto mal se sufre haber alguno:  
El cuervo y el murciélago importuno,  
El buho, la lechuza y el mochuelo  
Son los que el aire ocupan de graznidors  
Y de temor y asombro los oídos.

«Oid pues cómo ronca el mar hinchado  
Con la espumosa queiebra de sus ondas,  
Y allá en las partes inhmas y hondas  
Notad aquel hervor apresurado;  
El recio golpe de agua quebrantado  
En lisas piedras, largas y redondas,  
Aquella sucesion de la resaca  
Agora con mas hórrida matraca.

«La madre, á quien el piélagos fecunda,  
Se nos pretende alzar con el tributo,  
Y en cambio de la hoja, flor y fruto,  
De zarza, espina y tribulos abunda;  
Ya no hay lugar por donde el mal no cunda  
Con libertad y término absoluto,  
Porque esto es lo que el mal de malo tiene,  
Venir acompañado cuando viene.»

Astrologando estaba en tal manera  
Aquella casta infiel supersticiosa,  
Cuando pasó corriendo una raposa  
Por medio de su junta y borrachera;  
La cual, como se escape sin que muera,  
Se tiene por adversa y triste cosa,  
Mas si le dan los bárbaros alcance,  
Sin miedo se pondrán á todo trance.

Hicieron lo posible por cogella,  
Pero quedóse atrás quien mas volaba,  
Porque el animalejo no dejaba,  
Aun por el polvo, estampa de su huella;  
Con esto su infeliz y mala estrella  
De conocer la ciega gente acaba,  
Y cuando vieron ya que se les iba,  
Tornaron á decir con pena esquivá:

«¡Ay cómo el bien se va con tanta priesa  
Como esta desabrída y libre zorra!  
Ay cómo no hay poder que ya socorra  
Adonde tal prodigio se atraviesa!  
¡Oh cielo injusto, y qué mudanza es esa,  
Que con el mismo Arauco no se ahorra!  
¿Quién ya fiará de tí, si el propio Estado  
Quieres tambien que caiga de su estado?»



Así se lamentaban y plañían  
Aquellos embaidores hechiceros,  
Y los ocultos males venideros  
En voz doliente y pública decían:  
Mas otros, aunque absortos atendían,  
Queriéndolo llevar á puros fieros,  
Responden sacudido el miedo todo  
Con pródiga arrogancia deste modo:

«Por eso y mucho mas que el mundo haga,  
Aunque se desenease de su asiento  
Y todo su voluble regimiento  
En solo daño nuestro se deshaga,  
No espere que á su gusto satisfaga,  
Ni que ha de secantar su crudo intento,  
Pues él al fin hará lo que pudiere,  
Y nuestra voluntad lo que quisiere.»

«Mas como el invencible patrio suelo  
Acá en la baja tierra no hallase  
Potencia que á la suya contrastase,  
Fué menester viniere la del cielo;  
Pues venga, venga pues, que no hay recelo  
Ni punta de temor que nos traspase,  
Porque es el pecho nuestro un coselete  
A prueba, por lo menos, de mosquete.»

«Fuera de que será mayor la gloria  
Que nacerá de darle su castigo,  
Pues cuanto mas potente el enemigo,  
Tanto es de mas estima la victoria;  
Y siéndole su pérdida notoria,  
Nos hace á la verdad obra de amigo,  
Porque pretende á costa de su vida  
Dejar la nuestra mas esclarecida.»

«Por tanto no hay razon de entristecernos,  
Habiéndola tan justa de alegrarnos,  
Pues vemos ocasion para ganarnos  
Adonde imaginábamos perdernos;  
Solo podrá ser causa de dolernos  
Haber venido él antes á buscarnos,  
Pues cuanto al cielo hiciéremos de ofensa,  
Dirán que fué en razon de la defensa.»

«Dirán, si le vencemos en la guerra,  
Que fué por haber sido el cielo injusto  
Y estar de nuestra parte el fuero justo  
Que obliga á defender la propia tierra;  
Este es el daño y mal que aquí se encierra,  
Y lo que de vencernos quita el gusto  
Ver que el derecho tenga su pedazo  
En lo que solo hiciere fuerza y brazo.»

El bravo Tucapel ardiendo en ira  
De rabido furor el seso pierde;  
Las manos de colérico se muerde,  
Y con ardiente faz á todos mira  
Diciendo al nigromántico: «Es mentira  
Eso que, como dices, te remuerde,  
Pues no hay tan loco cielo que pretenda  
Venir con araucanos á contienda.»

«Que mientras Tucapel gozare aliento  
Y vieren que revuelve la macana,  
Ni en la divina fuerza ni en la humana  
Podrá caber tan gran atrevimiento;  
Es todo lo demás hablar á tiento,  
Es loca vanidad, locura vana,  
Que no hay estrellas, signos ni embarazos  
Sino la pura fuerza de los brazos.»

«Y si hay fortuna, y esa favorece  
Como soleis decir, al mas osado,  
¿Quién como el indomable y duro estado  
Este favor y título merece?  
Puro temor helado es quien ofrece  
A todo el mundo en contra conjurado;  
Bien como al que de noche el miedo pasma;  
Que un gato se le hace una fantasma.»

«Al gran Eponamón, á quien servimos  
Los magos le responden, presentamos,  
Y su verdad autentica citamos,  
En prueba de la mucha que decimos,  
Sabed que de su boca lo supimos,  
Y llenos de su espíritu hablamos:  
Llamalle será bien para que desto  
Os muestre el desengaño manifiesto.»

Todos en ello unánimes vinieron,  
Y habiéndose llegado el tiempo oscuro,  
Por ser el verde campo mal seguro,  
En un galpon crecido se metieron;  
Los mágicos en rueda se pusieron,  
Para el atroz y pérfido conjuro,  
Quedando á las espaldas del buhío  
La plebe y mal político gentío.

En medio de la rueda compasada,  
Después que el suelo á soplos alisaron,  
Aquellas manos pérdidas hincaron  
Una ramilla luenga deshojada;  
De cuya extrema punta doblugada,  
Por un sutil estambre le colgaron  
Un burujon de lana de la tierra,  
Que es donde su Pillán se les encierra.

De tal supersticion y extraño rito  
Usa la miserable gente vana,  
Y á la vedija va de buena gana  
El regidon perpetuo del Cocito;  
De suerte que cual pece en el garlito,  
Le tienen con el átomo de lana,  
Porque le llevarán donde es llamado  
Con solo un hilo della maniatado.

Otro mayor abuso temerario,  
Y un género infernal de idolatria  
Es fama haber entre ellos hoy en dia,  
Mas especial y menos ordinario;  
Que ya que no es al cuento necesario,  
Pues del tan poco ó nada se desvia,  
Y todo lo que es nuevo aplice oillo,  
Me pareció de paso referirlo.

En hondos y secretos soterraños  
Tienen capaces cuevas fabricadas,  
Sobre maderos fuertes afirmadas  
Para que estén así nestóreos años;  
Las cuales, en lugar de ricos paños,  
Están de abajo arriba entapizadas  
Con todo el suelo en ámbito de esteras  
Y de cabezas horridas de fieras.

En esta gruta lóbrega y tremenda,  
Do los piramidales del Titano  
Para poder entrar, no tienen mano,  
Por mas que por el sótano los tienda;  
Está sobre unas andas, cosa horrenda,  
Tendido un ya difunto cuerpo humano,  
Sin cosa de intestinos en el vientre,  
Porque Pillán en él mas fácil entre.

El nombre es Ibunché del insepulcro,  
Y cuando el dueño dél y de la cueva  
Quiere saber alguna cosa nueva  
De mucha calidad y fin oculto,  
Con gran veneracion, respeto y culto  
(Que en esto el indio rudo nos las lleva)  
Entra por senda angosta y desmentida  
Para que no le sepan la guarida.

Y allí por el idólatra invocado  
El abismal diabólico trasunto,  
Se mete en el cadáver del difunto  
Por do responde, siendo preguntado,  
Así de los negocios del Estado  
Si sube ó si declina de su punto,  
Como de los influjos celestiales,  
De buenos y de malos temporales.

Es este su Ibunché tenido entre ellos  
Por una cosa allá como sagrada,  
Con suma religion administrada,  
Y la que por su Dios adoran ellos;  
Hélo sabido yo de muchos dellos,  
Por ser en su país mi patria amada,  
Y conocer su frásis, lengua y modo,  
Que para darme crédito es el todo.

Hay otra detestable circunstancia,  
Que muda bien la especie del pecado,  
Y es, que si lo por ellos preguntado  
Es cosa de muchísima importancia,  
Metidos en aquella oscura estancia  
Degüellan al hijuelo mas amado,  
O la especiosa niña en sacrificio  
Para tener al idolo propicio.

En esto guardan todos tal secreto,  
Que por ningún camino, maña ó suerte,  
Aunque les amenacen con la muerte,  
Descubren el gentilico defecto;  
Y causaló el temor, la fe y respeto,  
Que tienen con aquel armado fuerte,  
El cual, por no soltarnos de sus grillos,  
Los hace así negar á pié juntillos.

Algunos suelen confesar de plano  
Haber el Ibunché, que les responde,  
Pero si les pedis el sitio dónde,  
Se excusan, remitiéndolo á Fulano;  
Y así del uno al otro iréis en vano,  
Que cada cual firmísimo lo esconde,  
Y en occultallo está la desventura,  
Pues el oculto mal no tiene cura.

«Oh ciega confusion del barbarismo,  
Oh gente muchas veces desdichada,  
Y mas que muchas, bienaventurada  
La que recibe el agua del bautismo!  
Mas ¿dónde voy con esto, que me abismo,  
Y prometí decillo de pasada?  
Volvamos pues, no diga quien me espera,  
Que me reparo mucho en la carrera.»

Colgado pues el copo de la vara,  
Con un zuzurro bajo y escabroso,  
Como de negro tábano enfadoso  
Cuando revuela en torno de la cara,  
Apresta la infelice gente avara  
Su pérfido conjuro tenebroso,  
Haciendo que tomase en él la mano  
Quien de la facultad era decano.

Tomóla de derecho Pillalonco,  
Un viejo descarnado formidable,  
De cuerpo retorcido como un cable,  
Ramificado mas que el pié de un tronco;  
Y del sumido y magro pecho ronco  
Sacó esta voz horrenda y execrable:  
«A vos invoco, báratro profundo,  
Escuro centro y cóncavo del mundo!»

«A vos conjuro, hóveda tiznada,  
Humoso flegeton, estigio Lago,  
Do bebe para siempre acedo trago  
La miserable gente condenada;  
A vos, sulfúrea tártara morada,  
Do hacen de las ánimas estrago  
A vos, ¡oh Babilonia de tormento!  
Comprado por ilícito contento!»

«A vos, flamineo príncipe del centro;  
A ti llamamos, Hécate, su esposa,  
A ti, mordida Euridíce llorosa,  
Y los que estáis la casa mas adentro;  
A vos, con quien la Juno tuvo en encuentro  
En forma de nublado mentirosa;  
A vos, avaro Tantaló, á vos, Ticio,  
En vuestro justo y áspero suplicio!»

«Alecto, á vos, Tesifone y Megera  
De ponzoñosas viboras crinadas,  
A vos, sangrientas Górgones dañadas,  
A ti Cerbero can, trifuca fiera;  
A ti que en la aquerónica ribera  
Pasando estás las almas á barcadas,  
A ti, Demogorgón, á ti conjuro  
Con todo el resto páldo y oscuro.»

«Por lo que aborreceis al claro día,  
Por el rencor malévoló con Febo,  
Por las tinieblas densas del Erebo,  
Por lo que en vos mi espíritu confia;  
Por los que allá teneis de mano mia,  
Y por lo que procuro enviar de nuevo  
Para que por hebdómadas eternas  
Habiten vuestras lóbregas cavernas.»

«Por la caliente sangre que vertemos,  
Con que el sulcado rostro rociamos,  
Y por la que á vosotros consagramos,  
Espues que así espumosa la bebemos;  
Y por la humana carne que comemos,  
Humildes todos juntos suplicamos  
Que en este copo cándido se envuelva  
Quien, de lo que dudamos nos absuelva.»

Con esto enmudeció de tal manera,  
Y enmudecieron todos los presentes,  
Que de los mismos bárbaros oyentes,  
El que escuchara mas, menos oyera;  
Así estuvieron casi una hora entera,  
Mas pareciendo mármoles que gentes,  
Tendidas las orejas como el gamo  
En viendo que se mueve el débil ramo.

Pendiente del oráculo de lana,  
Y alerta por si el idolo venia,  
Ni párpado ni ceja se movia  
De la congregacion perdida y vana;  
Mas viendo ya propinqua la mañana  
Y que el Eponamón se detenia,  
Así de nuevo el Mágico le invoca  
Echando espumarajos por la boca:

«¿Qué es esto, cómo agora te delienes?  
Espíritu infernal ¿por qué te tardas?  
¿No acabas de venir? ¿á cuándo aguardas?  
Sabiendo que te llamo yo, ¿no vienes?  
Hola, que se me quiebran ya las sienas,  
Y el término debido no me guardas;  
No quieras que de hoy mas á tu estalaje  
Ninguna destas ánimas abaje.»

«No heriré tu sótano con lumbre,  
Ni las apolinales aureas hebras  
Ofenderán tus sapos y culebras,  
Ni esotra serpentina muchedumbre;  
Mayor te pienso dar la pesadumbre,  
Aunque esta por tan grande la celebras;  
Mas otra es la que mas te muerde y come  
Y tus dañados higados carcome.»

«Haré que ya los cuellos no se aprieten  
Con el desesperado nudo y soga,  
Que el cuerpo y no las ánimas ahoga,  
Mas que por otro medio se quieten;  
Haré que tus discípulos respeten  
A la sacerdotal y sacra toga,  
Tomando sus consejos y doctrina,  
Que es para tí la mas pungente espina.»

En dando fin al fiero necesario  
Oyeron un terrible terremoto,  
Que revocó en el sitio mas remoto  
Con un rumor y estruendo temerario;  
En rápido turbion trasordinario  
Se revolieron Euro, Cierzo y Noto,  
Y en remolino el Abrego violento  
Arrebataba el rancho de su asiento.

Un proceloso y negro torberilino  
Distinto de la noche, en su espesura,  
Y envuelto mas que en agua en piedra dura,  
Dejó turbado el cielo cristalino;  
Con esta majestad y pompa vino  
El Rey que siempre está en region oscura,  
Tomando la vedija por su trono,  
De donde así les habla en bajo tono:

«Mas presto vengo yo do soy llamado,  
Si mi venida causa algún consuelo,  
Y si detuve agora el sordo vuelo,  
Ha sido por no dar un mal recado;  
Pues ya que está dispuesto por el hado  
Que os venga tanto mal y desconsuelo,  
Quisiera, por lo mucho que me toca,  
Que nunca se supiera de mi boca.»

«Sabed que ya las vitreas ondas abre  
Con espolon herrado y raudó remo  
Uno, de quien con justa causa temo  
Que mi cabeza dura descalabre;  
Este será el que á fuego puro os labre,  
Y quien os mudará de extremo á extremo,  
En vuestra reduccion haciendo tanto,  
Que espante al mismo reino del espanto.»

«Sabed que el hijo y nieto de vireyes,  
Uno de Lima, y otro de Navarra,  
Renuevo de la vid y fértil parra  
Que tiene su majuelo en altos reyes,  
Sobre poner os vinculos y leyes,  
Arrojará con tal vigor la barra,  
Que no sé, amigos, yo, según lo miro,  
Qué brazo le podrá llegar al tiro.»



» Mas ¡ ay! que ya pacífico el Estado  
 Ha de saber trataros de manera,  
 Que lo que fuere entonces y lo que era  
 Serán como lo vivo y lo pintado;  
 Lo que por fuerza fué será de grado,  
 Lo que de pedernal, de blanda cera,  
 Y al que os hubiere dado mil enojos,  
 Le lloraréis despues con ambos ojos.

» Yo soy ¡ ay duro mal! ay grande afrenta!  
 En quien está la pérdida notoria,  
 Porque á la fin vosotros, su victoria  
 Por propia la pondréis á vuestra cuenta;  
 Mas yo, que su virtud se me presenta,  
 Y siento aparejarse la gloria,  
 De sus intensos méritos el pago  
 Con entranable rabia me desahago.

No dijo mas, y á vista de la gente  
 Con un terrible trueno y estallido,  
 Arranca en humo negro convertido,  
 Dejando allí una bomba pestilente;  
 Habló verdad en todo llanamente,  
 Supuesto que es mentira su apellido,  
 Porque es verdad tan clara y tan expresa,  
 Que la mentira propia la confiesa.

Un súbito pavor y helado asombro  
 Los pensamientos bárbaros ataja;  
 El mas alivo de ánimo le abaja,  
 Y el mas enhiesto encoge mas el hombro;  
 Aun yo de estar contándolo me asombro,  
 Y la caliente sangre se me cuaja,  
 Por donde puede verse qué haría  
 Quien fuera de los májicos lo via.

Ya que pasó el fetor abominable,  
 Y que tranquilo todo y en sosiego  
 La desterrada sangre volvió luego  
 A su canal purpúrea deleznable;  
 Saltó furioso Rengo el implacable,  
 Diciendo en voz soberbia: « Derreniego  
 Del rudo parecer y seso vano,  
 Que en esto diere crédito á Pillano.

» Por solo apoderarse de nosotros,  
 Temiendo por ventura mi potencia,  
 Ha dicho esta mentira y apareñencia,  
 Y derramado miedo entre vosotros;  
 ¡ Oh falso Eponamon! Allá con otros  
 Que tengan de tus artes menos ciencia;  
 No pienses con tus frivolas razones  
 Obstupecer tan bravos corazones.

» Si crédito algún tiempo se te diere,  
 Cuando con tu venida nos ofendas,  
 Tan solo habrá de ser; y así lo entiendas,  
 En todo lo que bien nos estuviere;  
 En lo demás te siga quien quisiere,  
 Haciendo mucho caso de tus prendas,  
 Que á mi la maza y brazo me aseguran  
 De toda mala suerte y desventura.

No estaba Tucapel en esto ocioso,  
 Que como el vino y cólera hervía,  
 Llamaba cuerpo á cuerpo á don García,  
 Del inclito enemigo encidioso;  
 Andaba mas que todos orgulloso,  
 Diciendo por la gente que venía:  
 « Granicen hombres, ande el juego grueso,  
 Que toda mi ganancia estaba en eso.»

Así desfleman unos y otros gritan,  
 Otros, mientras blasonan estos, callan,  
 Y allí mayor peligro y daño hallan  
 Adonde mas los bárbaros se irritan;  
 Unos aplacan, otros solicitan,  
 Ya rompen, ya deshacen, ya desmayan,  
 Ya con las voces disonas se hunden,  
 Se atruenan, se ensordecen, se confunden;

Hasta que del crepúsculo y aurora  
 Los fértiles alcóres luminados  
 Mostraban los briales ocupados  
 Con las vistosas dádivas de Flora;  
 Que todos, como gente malhechora,  
 Cual suelen los ladrones recatados,  
 Huyendo de la luz, se dividieron,  
 Con que la gruesa junta deshicieron.

Esto, Señor, sucede allá en la guerra,  
 Y en tanto, acá en la paz, los españoles  
 Ven ya bordado el cielo de arboles,  
 De yerbas, flores y árboles la tierra;  
 El claro sol doblada luz encierra,  
 Alumbran las estrellas como soles,  
 El mar se muestra placido y sereno,  
 Y el aire de parleras aves lleno.

Parecen mil preñuncios de alegría,  
 Mil bienes venideros se conciben;  
 Los desmayados ánimos reviven,  
 Metiéndose en calor la sangre fria;  
 Saltando estan los pechos á porfia  
 Del interior contento que reciben,  
 Y el mas helado y lánguido se siente  
 Con un fogoso y bélico accidente.

En todos los estómagos se incluye  
 Una crecida hambre de pelea;  
 El corazón mas tímido desea  
 Hallarse en la ocasión que se le huye;  
 La favorable causa que esto incluye  
 Sin duda que es el aire y la marea  
 De las hinchadas velas, que asomando  
 Al puerto de Cuquimbo van entrando.

Adonde ya las áncoras echadas,  
 Los nuestros deshaciéndose en contento,  
 Entregan las chalupas al momento  
 En manos de las ondas sosegadas;  
 Y de floridos jóvenes cargadas,  
 Van todas á parar do yo me asiento,  
 Porque para tirar de un tiro tanto,  
 Es chico mi vigor y grande el canto.

CANTO III.

En que el Gobernador, visto el exceso con que los indios de paz  
 eran tratados por sus encomenderos, y el mucho desorden que  
 en servirse de ellos habia, trayéndolos sobremanera apurados,  
 hace unas breves ordenanzas, con que los alivia su grave carga,  
 provee juntamente lo importante así á la quietud de la tierra,  
 desterrando sus inquietadores, como al aumento de nuestra religión  
 y buen ejemplo de los naturales. Llegada la gente y caballos  
 que venia por tierra, se embarca con toda ella, sin tocar  
 en Santiago, para la ciudad des poblada de la Concepcion, en  
 cuyo viaje le corrió una grande y peligrosa tormenta.

» Oh cuánto se requiere, cuánto importa  
 Haber moderación y medio en todo!  
 Pues lo que va sin limite ni modo,  
 ¿ Qué limitada fuerza lo soporta?  
 Ni es bueno que la capa quede corta,  
 Ni que de larga frise con el todo;  
 Virtud está en el medio como en quicio,  
 Y siempre en los extremos anda el vicio.

Jamás, si duermen tres en una cama,  
 Sucede que al de enmedio falte ropa;  
 Ni al que por medio afierra de la copa  
 El liquido licor se le derrama;  
 Menos se mareará la tierna dama  
 En medio de la nao que en proa ni en popa;  
 Mejor irá el discípulo de Marte  
 Donde es el batallon que en otra parte.

Entre las zonas tórrida y helada,  
 Que el mirador cosmógrafo divide,  
 Aquella que el lugar de en medio pide  
 Es la mas habitable y mas templada;  
 De la celeste máquina girada,  
 El medio es donde Júpiter preside,  
 Y el que por Dafne rápido corría  
 Mas franco da su luz al mediodía.

En solo amar á Dios ha de afirmarse  
 Que ni es ni puede ser el medio bueno,  
 Y en esto solo el tepido condeno,  
 Y en esto será licito extremarse;  
 En todo lo demás el moderarse  
 Y aquel saber usar espuela y freno,  
 El que descanso quiere lo procure,  
 Pues bien soleis decir, paso que dure.

El siervo no ha de ser tan mal tratado  
 Que siempre sus espaldas mida un leño,  
 Pues suele revolver contra su dueño  
 El animal doméstico apurado;  
 Quien ha la noche entera trasnochado,  
 Está despues cayéndose de sueño;  
 Al fin conviene en todo tanto el orden,  
 Que la bondad es mala con desorden.

Esto conoce bien el jóven sabio,  
 Pues visto el desigual que en Chile habia  
 Sobre tratar al indio que servia,  
 Le satisface luego deste agravio;  
 Y dado que era viejo el mal resabio,  
 Que acerca de esto el hésped tenia,  
 Sola su blanda mano, medio y modo  
 Bastó para quitársele del todo.

El fué moderador de tanto exceso,  
 De tanta libertad y exorbitancia,  
 Y el que redujo á temple y consonancia  
 Lo que sonaba mal acerca de eso;  
 Aligeró á los pobres de su peso,  
 Solicitando en todo su ganancia,  
 Por el mejor camino y facil via,  
 Que luego topareis en esta mia.

Llegado á la cuoquimbica ribera  
 Adonde los esquifes encallaron,  
 Las proras en un punto se poblaron  
 De la gallarda gente placentera;  
 Mas luego que la vieron saltar fuera,  
 Desiertos y á la mira se quedaron,  
 Doliéndose de ver que ya la playa  
 Con tanto bien alzado se les haya.

Pues ya del mar los nuestros olvidados  
 Y llenos de placer y gloria llena,  
 Sellaron con sus platos el arena,  
 Tendiendo allí los miembros mareados;  
 Quien mira las llanadas y collados,  
 Quien con el dedo apunta la Serena,  
 Y quien alaba el sitio, quien el puerto,  
 Al soplo de los aires encubierto.

Estando así la gente bulliciosa,  
 Oyó tropel confuso de caballos  
 Que vienen ya batiendo con los callos  
 La relucida playa mariscosa;  
 Porque es sobremanera cuidadosos  
 La próxima ciudad en despachallos,  
 Viniendo sus vecinos juntamente  
 A recibir al claro adoleciente.

Peró debajo desta adolescencia  
 Aun al que mas la vista se le cubre,  
 Como por velo diáfano descubre  
 Un vaso, y madurez por excelcencia,  
 Mostrábalo su rostro y apareñencia,  
 Que pocas ó ninguna vez lo encubre,  
 Pues mas abiertamente que en la palma  
 Se suele por el cuerpo ver el alma.

Recíbelos á todos gratuitamente  
 Con término cortés y grave acento  
 Y con templadas muestras de contento;  
 Que todo no se junta fácilmente;  
 De donde acompañándole la gente,  
 Tomó el camino breve del asiento,  
 Que por la tiesa y húmeda marina  
 Dos leguas apacible se camina.

Entrando en la ciudad de la Serena  
 El escogido tercio y nueva copia,  
 Conoce cada cual por casa propia,  
 Segun se ve tratar, la que es ajena;  
 Es tan cumplida gente, honrosa y buena,  
 Que tiene por afrenta y cosa impropia  
 No ser en su hospedaje el hospedado,  
 Todo lo de potencia regalado.

Allí estuvieron todos dando cuerda  
 A la penosa y dura del quebranto,  
 Que la Serena dulce con su canto  
 Hace que todo el mal se olvide y pierda,  
 En tanto á nuestro jóven se le acuerda,  
 Movido por un celo justo y santo,  
 De aprovechar el tiempo en lo siguiente  
 Para que no se gaste vanamente.

Queriendo pues saber qué modo habia  
 Sobre pagar el indio sus tributos,  
 Y si conforme á sacros estatutos  
 El amo acerca desto procedia;  
 Echó de ver su mucha demasia,  
 Y como andaban todos absolutos  
 Sin regla, sin medida, ley ni fuero,  
 Con el ansioso hipo del dinero.

No solamente echaban á las minas  
 Los diputados ya para este oficio,  
 Sino tambien el personal servicio,  
 Hambrientos por las vetas de oro finas;  
 Y contra humanas leyes y divinas,  
 Que todo estaba entonces por el vicio,  
 Aun no eran reservados desta cuenta  
 Los viejos tremulosos de noventa.

Tampoco el niño tierno se libraba,  
 A título de serlo, destes daños,  
 Que puesto en el doceno de sus años,  
 Con la barreta al hombro caminaba;  
 La madre con dolor le acompañaba  
 Humedesciendo bien sus pobres paños,  
 Y siempre que la carga le afligia,  
 En el trabajo della sucedia.

Hermosas dueñas, vírgenes apuestas,  
 Que era contento y lástimas el mirallas,  
 Llevaban el sustento y vituals,  
 Por mas que fuesen débiles, á cuestras;  
 Y por quebradas ásperas y cuestras,  
 Quebrados de subillas y bajallas,  
 Sus delicados piés iban rompiendo,  
 Y alguna vez de sangre el rastro haciendo.

Asi cargadas vierades algunas  
 Los encolmados vientres á las bocas,  
 Y fuera deste número, no pocas  
 Con sus recién nacidos en las cunas (3);  
 Mirad qué cargas dos tan importunas,  
 Aunque las tristes fueran mas que rocas,  
 Y mas que no hay dejar ninguna dellas,  
 Por no dejar el ánima con ellas.

En vez de las diademas y guirnaldas,  
 Iba el pesado yole (4) y grave cesta,  
 Y en trueque de la líquida compuesta,  
 El enchiguado (5) trigo á las espaldas;  
 En cambio de las perlas y esmeraldas,  
 Llevaban la inclinada frente honesta  
 Bordada de un licor alfofarado,  
 A fuerza de fatigas destilado.

» Oh qué desafortado desafuero  
 Usado con los pobres naturales!  
 Oh qué de imposiciones desiguales  
 En gente que era al fin de carne y cuero!  
 Oh siempre viva hambre del dinero,  
 Disimulada muerte de mortales,  
 Polilla de las almas gastadora,  
 Hinchada sanguijuela chupadora!

Pues como desta peste vió tocados  
 El médico tan sabio á los chilenos,  
 Y que los indios iban siempre á menos,  
 Y á más las insolencias y pecados;  
 Deliberó con medios acertados,  
 Que nunca los que puso fueron menos,  
 Sangrar aquella fiebre mal contenta  
 Tanto de sangre prójima sedienta.

Y visto que los indios no tenían  
 En todo su caudal del cielo abajo,  
 Sino su propio personal trabajo  
 Para lo que sus años les pedian,  
 Y que con tanto peso no podrian,  
 So pena de venir con todo abajo,  
 Al eminente y grande mal previno  
 Dictándole un espíritu divino.

Mas era este negocio de consejo,  
 Y aunque pudiera bien á todos dale,  
 Quiso de los teólogos tomalle  
 Para llevar su hilo mas parejo;  
 Porque es como la dama sin espejo,  
 Es engolfada nao sin gobernalle,  
 Que naufragosamente da en la costa,  
 Quien corre sin consejo por la posta.